

Tema: ¡Gloria a Dios en las alturas!

Lectura principal: Lucas 2:8-14 *⁸Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. ⁹Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. ¹⁰Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: ¹¹que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. ¹²Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. ¹³Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¹⁴¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres! (Entre los hombres en quienes El se complace)*

Introducción: El próximo jueves celebraremos un acontecimiento tan importante que partió la historia en dos: antes de Cristo y después de Cristo. Aunque no conocemos la fecha exacta del nacimiento de Jesús, desde los primeros siglos de la iglesia los cristianos han separado el 25 de diciembre para conmemorar su venida al mundo. Sin embargo, con el paso del tiempo esta celebración ha sido progresivamente distorsionada, hasta el punto, aunque pueda parecernos ridículo, de intentar excluir a Cristo de la celebración de su propio nacimiento.

Esto no es un detalle menor. La palabra Navidad proviene de natividad, que significa nacimiento. Celebrar la Navidad sin Cristo no es un cambio cultural sin malicia; es una secularización y contradicción espiritual que intenta borrar la fe. La celebración se ha convertido en consumerismo y todo tipo de excesos.

Hoy, a la luz de la Palabra del Señor, veremos no solo el motivo de la Navidad, sino su esencia, y también cuál debe ser nuestra respuesta hoy, mañana, el día 25 y cada día de nuestra vida frente a este glorioso acontecimiento. Permita el Señor que su palabra nos permita examinar si Cristo ocupa realmente el centro de nuestra celebración o si está siendo desplazado o ya fue desplazado por el consumerismo, las tradiciones o simplemente por la rutina.

Solo dos evangelios narran el nacimiento de Jesús: Mateo (caps. 1-2) y Lucas (cap. 2). Lucas nos ofrece el relato más detallado, y comienza no en un palacio ni en el templo, sino en un campo, de noche, con unos pastores.

Estos hombres estaban realizando su trabajo ordinario cuando, repentinamente, la gloria del Señor los rodeó de resplandor. La reacción fue inmediata: gran temor. Esto es consistente con toda la Escritura; absolutamente nadie puede permanecer indiferente ante la manifestación de la gloria de Dios.

Pero lo sorprendente no es solo la aparición del ángel, sino a quiénes se les aparece. Dios no anunció el nacimiento de su Hijo a sacerdotes, escribas o fariseos. No escogió a los expertos en la ley ni a los líderes religiosos. Escogió a pastores: hombres

despreciados social y religiosamente, considerados impuros por no poder cumplir con los rituales de la ley debido a su oficio.

Aquí vemos un patrón consistente del actuar de Dios: **1 Corintios 1:27-29** *sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; ²⁸ y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, ²⁹ a fin de que nadie se jacte en su presencia.*

No había nada digno en ellos. No había mérito alguno. Fue pura gracia soberana. Dios quiso que los primeros testigos de la encarnación de su hijo fueran hombres que no podían jactarse de nada, para mostrar su gracia y que toda la gloria fuera solamente de Él.

Tu y yo tampoco éramos dignos ¿Quiénes éramos tu y yo para que Dios pusiera su mirada en nosotros y nos escogiera? No había mérito en nosotros, pero por su inmenso e inmerecido amor, por su misericordia y por el puro afecto de su voluntad nos redimió, nos limpio, nos adopto como hijos y nos hizo real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que ahora anunciamos las virtudes de aquel que nos llama de las tinieblas a su luz admirable.

Mateo nos añade otro detalle significativo. Cuando Herodes pregunta dónde habría de nacer el Cristo, los sacerdotes citan la profecía de **Miqueas 5:2** *Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.*

Belén era una aldea insignificante, agrícola y de muy poca población. No era Jerusalén, no era el centro político ni religioso. Y aun dentro de Belén, el Hijo de Dios no nace en una casa, no había espacio en el mesón, así que nació en un establo; no es acostado en una cuna, sino en un pesebre; un comedero de animales.

La señal que el ángel da a los pastores no apunta a grandeza externa, sino a humildad extrema: *Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.* Y aquí hay una verdad profunda: la gloria de Dios no siempre se manifiesta en lo espectacular, sino también en lo humilde. Sin lujos ni grandeza, dejo su trono y tomando forma de siervo se humillo hasta lo sumo.

La majestad no estaba en el pesebre; estaba en la persona del niño. El Dios eterno se había hecho carne. Como anunció Isaías 700 años antes, **Isaías 7:14** *Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel* (Dios con nosotros). Nosotros no podíamos subir a Dios, no podíamos alcanzar salvación. Así que Dios descendió, se hizo hombre y se convirtió en el único camino para reconciliarnos con Él.

Isaías también profetizó: **Isaías 9:6** *Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro (vine con autoridad y reinará por la eternidad); y se llamará su nombre Admirable (inspira asombro), Consejero (el que guia con sabiduría), Dios Fuerte (El es Dios todo poderoso), Padre Eterno (El es la fuente de vida eterna), Príncipe de Paz (vino a restaurar La Paz entre Dios y los hombres).*

Este niño vino como Rey soberano, Dios fuerte, Padre eterno y Príncipe de paz. Esta paz no es simplemente una paz emocional o social; es paz entre Dios y los hombres, restaurada mediante la obra redentora de Cristo.

Por eso, cuando el ángel termina el anuncio, el cielo estalla en alabanza
La encarnación del Hijo de Dios provocó adoración en el cielo porque significaba redención en la tierra.

Los pastores no se quedaron analizando lo que estaba pasando desde lejos. Fueron, vieron y creyeron. Y luego nos dice **Lucas 2:20** *Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho.* Esa es siempre la respuesta correcta ante la revelación de Cristo: adoración que brota de un corazón transformado. La verdadera adoración de un corazón transformado no termina después de los cánticos, o después del culto, ni después de una fecha conmemorativa; la adoración de un corazón transformado es constante, es continua porque brota del agradecimiento por el perdón, por la redención y adora por amor a aquel que le dio vida y vida en abundancia.

Conclusión: ¿Cuál debe ser nuestra respuesta hoy?

La pregunta final no es si celebramos Navidad, sino cómo y a quién estamos glorificando cuando la celebramos.

Cristo no nació para ser un adorno de una época de celebración, no vino a ser una figura decorativa en nuestras vidas, sino que vino para ser El Señor. No nació para recordarlo una vez al año, sino para reinar cada día en el corazón de su pueblo. No vino a inspirarnos, vino a rescatarnos y a reconciliarnos con Dios por medio de su vida, muerte y resurrección.

El mensaje de los ángeles sigue vigente hoy ¡Gloria a Dios en las alturas! Cuando Cristo ocupa el centro de nuestras vidas, Dios es glorificado, el evangelio es proclamado y la verdadera paz se hace realidad. Mi hermano no hay paz verdadera sin Cristo reinando en nuestras vidas.

Que nuestra respuesta no sea solo una canción navideña, una comida típica o una fecha en el calendario, sino una vida rendida. Que hoy, mañana, el 25 de diciembre y cada día, podamos vivir como los pastores, glorificando y alabando a Dios por todo lo que hemos oído y visto en Cristo Jesús. Porque la Navidad no se trata de lo que hacemos por Dios, sino de lo que Dios hizo por nosotros al darnos a su Hijo. El descendió, porque nosotros no podíamos subir, Cristo nació para morir y murió para darnos vida. Que aun los regalos que nos demos sean un recuerdo de ese regalo de salvación y vida que fue muchísimo mayor.

Permita Dios que nuestra respuesta hoy al recordar ese nacimiento sea la misma que resonó en los cielos aquella noche: ¡Gloria a Dios en las alturas!